

Polaino-Lorente, Aquilino (2010)*Antropología e investigación en las ciencias humanas*Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales *Francisco de Vitoria*, Unión Editorial, Madrid

La obra que aquí se reseña es un atinado intento de dar respuesta a una cuestión de larga data: la clasificación de las ciencias, en particular, la diferenciación existente entre las llamadas “ciencias humanas” –que tienen por objeto de estudio al hombre– y las “ciencias de la naturaleza” –que excluyen las categorías propias del «espíritu», tales como significado, valor, finalidad, etc.–, dualidad que ha ocasionado importantes problemas metodológicos y científicos en los últimos años, y que incluso hoy son fuente de ambigüedad: “el término ciencias humanas (CCHH) no designa en la actualidad un contenido específico como tampoco está perfectamente delimitado” (p. 18).

A lo largo de las casi 300 páginas de que consta esta obra, se acometerá la difícil tarea de analizar, en profundidad y amplitud, los matices epistemológicos que han provocado la crisis de las CCHH, la pérdida del fundamento antropológico y teológico que significó la opción por el método científico-positivo. Su autor, Aquilino Polaino, catedrático de Psicopatología en la Universidad CEU-San Pablo y miembro ordinario del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Francisco Vitoria, en cuyo marco aparece este libro, acredita una indiscutible trayectoria –tanto desde el punto de vista especulativo como aplicado–, y una erudición tal, que hacen de esta obra un diagnóstico profundo de la cultura occidental que pone en alerta acerca de ella. Si bien la edición es elegante y discreta, con un formato y características que amenizan la lectura, para futuras ediciones –que espero pronto vean la luz– se recomienda recoger al final la extensa y valiosa bibliografía, así como corregir algunas erratas menores.

La obra consta de 10 capítulos, de los cuales, los cinco primeros se refieren a cuestiones epistemológicas y metodológicas, mientras que los últimos abordan las repercusiones culturales de una comprensión estrecha de las CCHH, así como los principios que se derivan de una propuesta de superación del cientificismo. Un cientificismo que reclama tanto una consideración más atenta de la antropología, como la integración de la fe y la razón en la búsqueda de la verdad, cuya posibilidad urge recuperar ante el relativismo rei-

nante actualmente, ya que, “con la ausencia de la verdad pierde la ciencia y pierden los científicos (...) ganan los ideólogos” (p. 276). El positivismo, que reivindica la primacía de la ciencia como único fundamento de la vida humana, “condujo a una concepción laica de la cultura que, como mera construcción humana, en modo alguno ha de depender de ningún supuesto teológico o teórico” (p. 18). La actitud anti-metafísica que subyace a esta posición, “un tanto mesiánica y omnicomprensiva de la ciencia”, acaba por ser estéril, ya que “ante la pregunta de ¿quién y qué es el hombre?, las CCHH se quedan sin respuesta” (p. 265).

El autor destaca dos hitos en la evolución de las CCHH: la separación de la filosofía –y por lo tanto de sus consideraciones éticas y antropológicas– y la consagración del método científicista, que estudia parcialmente el comportamiento humano en sus manifestaciones externas, prescindiendo de consideraciones filosóficas, y proclamando el principio falaz de «neutra objetividad», que no se corresponde con una racionalidad humana: “no podemos privar al científico de su parcialidad sin privarlo al mismo tiempo de su humanidad” (p. 147), a la vez que es imposible, ya que la “subjetividad (...) está poderosamente implicada en la investigación que se realiza” (p. 259). Luego de un inteligente repaso de las teorías epistemológicas principales, concluye con lo que felizmente ha venido a convertirse en la literatura en un axioma, la necesaria consideración de los «modelos antropológicos implícitos» (p. 116), cuya explicitación es fecunda para el futuro de las CCHH, ya que, “en función de cuál sea la antropología de la que se parta, así será el comportamiento ético que se siga en las investigaciones” (p. 39). El desarrollo teórico se complementa con el resultado de aplicaciones en disciplinas concretas, centrales en la actualidad, como son la psicología –en la cual el autor es un experto– y la economía –en donde se aprecia la influencia del profesor Rubio de Urquía, de quien Polaino se muestra deudor–, aunque fácilmente extrapolables a otros campos del saber.

El apartado referente a la actual crisis cultural es el signo más claro de que nos enfrentamos a una obra seria y meditada, donde las ideas que allí se plasman son el resultado de toda una vida dedicada a la búsqueda de la verdad. Merece la pena esta extensa cita que resume la agudeza del autor en el momento de identificar los principales cambios actuales, o dinámicas «des-civilizadoras»: “la descalificación de las formas tradicionales de vida y los estilos de educación familiar; la intolerancia ante cualquier forma de autoridad; la ironía disolvente y la agresiva crispación respecto de las normas morales; la condena de la obsolescencia del «héroe» y la emergencia de agresivos modelos

anti-épicas; la creciente zafiedad en la búsqueda de nuevas y fugaces experiencias hedonistas; la exaltación de la heterogeneidad individualista; la injusta calificación de «fundamentalista» a las personas que dispongan de cualquier convicción religiosa; el ataque a las tradiciones de Occidente como una forma obsoleta del imperialismo racionalista; la reposición de lo absurdo e incoherente como formas de comportamiento generalizado, a pesar de que arrastren con ellas el desinterés, el tedio, el aburrimiento y la corrupción; la multiplicación de paradojas que siembran la confusión al propalar un comportamiento y su contrario; la disolución de las formas de expresión artística; la disgregación en la pluralidad anárquica de costumbres dispersas, no susceptibles de integración que, sin embargo, se exaltan al incluirlas en el formato del «buenismo»; el empobrecimiento y deterioro del lenguaje expresivo; la eclosión de oscuras y cambiantes normativas bajo el señuelo de adecuarse a lo «políticamente correcto»; etc.” (p. 157). El itinerario intelectual que se abarca para dar cuenta de la (pos) modernidad incluye, además de filósofos clásicos –desde Aristóteles a Nietzsche, con énfasis en el empirismo inglés–, un variado abanico de los pensadores más influyentes en los últimos años, tales como Lyotard, Lévinas, Ricoeur, Lipovetsky, Foucault, Derrida, Buber, Lubac, MacIntyre, Arendt, Marías, Spaemann, Polo, Yepes Stork, Rhonheimer, Lorda, Llano, y por supuesto, Ratzinger y Wojtyła, entre muchos otros.

Al margen del nombre con que se designe, la dualidad subyacente en este trabajo se reduce al enfrentamiento entre «ciencia versus sabiduría al servicio de la vida» (p. 266), que no necesariamente debe ser tal: por el contrario, debería abogarse por una mayor sinergia y complementariedad fundamentada en la verdad del hombre, ya que, en última instancia, “lo que define el verdadero progreso científico es la formulación de una antropología que sea más rica y tenga mayor alcance que cualquiera de las existentes en la aprehensión estructural de la realidad de «persona», gracias al uso de construcciones teóricas expresivas de esa antropología” (p. 247). Impera defender la verdad, y para ello, la razón –prisionera de sí misma– debe liberarse, trascenderse para acoger la verdad de la fe, que no es racional pero sí razonable, porque “la razón última de la fe es una razón crucificada” (p. 286). Sólo así podrá el hombre recuperar la unidad del saber y la verdad, y enfrentar, con autenticidad y esperanza, la “enorme complejidad de la condición humana” (p. 290).

Germán Scalzo

Universidad de Navarra, España